

Article

Memoria y soledad: de la Shoá a la violencia colombiana

MARTHA L. CANFIELD

Università degli Studi di Firenze

Resumen. El ensayo analiza una novela del escritor colombiano Azriel Bibliowicz, *Migas de pan*, del 2014, en la cual se cuenta el secuestro en Colombia de un anciano judío, ya sobreviviente de los campos de trabajo en Siberia y emigrado con su esposa, sobreviviente de Auschwitz. Los dos temas, el de la violencia en Colombia y el del Holocausto, de este modo se enlazan, dando lugar a una serie de reflexiones sobre el mal, la solidaridad, la memoria personal y la transmisión de la memoria (o posmemoria), y los valores de la palabra y del silencio.

Palabras claves: Bibliowicz, exilio, Holocausto, memoria y posmemoria, violencia colombiana.

Abstract. The essay focuses on a novel by the Colombian writer Azriel Bibliowicz, *Migas de pan*, published in 2014, that narrates the kidnapping of an elderly Jew who survived the Siberian concentration camps and emigrated in Colombia with his wife, an Auschwitz survivor. Both themes, Holocaust and Colombian Violence, are linked and give rise to a series of reflexions on evil, solidarity, personal memory and its transmission (or post-memory), and the values of words and silence.

Keywords: Bibliowicz, Colombian violence, exile, Holocaust, memory and post-memory.

El exilio, como ya ha sido bien estudiado, fue una forma de penalización muy usada en la antigua Grecia y presente en la *Constitución de los atenienses*, atribuida a Aristóteles¹; pero en la época contemporánea se ha difundido, no como imposición legal, sino como necesidad ineludible generada por situaciones políticas violentas: en el siglo XX se ha visto asociado a las dos guerras mundiales, a la guerra civil española, a las leyes raciales de los regímenes de Hitler y de Mussolini y a las dictaduras militares en tantos países latinoamericanos, además de las luchas internas de grupos guerrilleros con la consecuente generación de una violencia en muchos casos cercana a la guerra civil. Los dramas personales y colectivos vividos en estas circunstancias han generado naturalmente una literatura de denuncia y de testimonio sumamente rica y variada.

Azriel Bibliowicz (Bogotá, 1949) es un novelista que podemos sin duda situar en el grupo del post-boom, donde el realismo mágico se ha dejado de lado y se ha dado preferencia a un regreso a la realidad histórica y social, configurando lo que se conoce como

¹ Aristóteles, *Problemas*, Madrid, Gredos, 2004, p. 255.

“nueva novela histórica”, donde las narraciones se desarrollan en definidos contextos históricos y donde las referencias remiten a eventos cercanos al autor mismo. Bibliowicz es hijo de un judío polaco que se vio obligado a emigrar y que encontró asilo en Colombia en la década del 30; así la memoria de su padre se transmite a él, que no puede evitar asociarla a los horrores producidos por la violencia del país en el que ha nacido y vive. Ya en su primera novela, *El rumor del astracán* (1991), había entrecruzado el horror de los pogromos en Europa Central con el desplazamiento forzado de campesinos colombianos. Y en su novela más reciente, *Migas de pan* (2013), reúne el drama del Holocausto con la serie interminable de secuestros que atormentaron a la población colombiana por decenios, llevados a cabo por grupos guerrilleros como las FARC, para poder financiarse, o por simples asociaciones de delincuentes.

El personaje principal de esta novela, Josué Goldstein –que nunca aparece directamente sino solo a través de la memoria de Samuel, su hijo, de Leah, su esposa y de Ester, su sobrina–, es un judío «apátrida», como lo define uno de sus amigos, que había nacido en la ciudad de Czernowitz, entonces perteneciente a Rumania, pero que después pasó a formar parte de Ucrania, que había transcurrido varios años en un campo de trabajo en Siberia y que no tenía documentos ni rumanos ni ucranianos. Después de recuperar la libertad, y después de haber confirmado que su mujer y su hija habían muerto en el campo de exterminio de Majdanek en noviembre de 1943, se había casado con Leah, a su vez sobreviviente de Auschwitz, y se habían instalado en Bogotá, tratando de rehacer sus vidas, coronadas con la llegada de un hijo, Samuel. Ambos por lo tanto sufren el exilio, la pérdida del lugar de origen, la obligación de establecerse en un lugar desconocido, de características y costumbres distintas, y la necesidad de aprender una nueva lengua. Esta forma de penalización la padece sobre todo Leah, que no logra encontrar serenidad y sueña con un nuevo traslado, que tal vez será por fin mejor; así el sueño del traslado a Miami se repite a lo largo de sus conversaciones y sus pensamientos.

Pero el exilio también puede ser vivido de manera diversa: como un estímulo a encerrarse en sí mismo y así indagar en la propia interioridad, lo cual lleva a descubrir «el paraíso de la soledad»² y a confirmar cómo el exilio se puede convertir en intimidad³: ésta es la experiencia de Josué. El “insilio”, el vivir en un lugar nuevo y distinto, no familiar, en el que la tendencia espontánea es la del aislamiento, puede no obstante adquirir un significado paradójicamente positivo. Y esto es lo que él descubre, ganándose la ira de su esposa, que no logra entenderlo. Según ella, lo que había provocado el ostracismo de Josué era un incidente que había ocurrido en la sinagoga, un año después de haber llegado a Bogotá; allí una mujer sentada en el palco de las mujeres, después de mirar fijamente a Josué, empezó a vociferar histéricamente diciendo que lo reconocía como *kapo*, como colaboracionista de los nazis. La acusación era absurda, dado que Josué nunca había estado en un campo de concentración nazi; pero el sentimiento negativo se difunde y él no logra reaccionar, sino primero simplemente riendo y luego alejándose en silencio. El narrador omnisciente del primer capítulo explica la decisión tomada por Josué a partir de este momento, la cual es una perfecta definición del insilio, visto desde una perspectiva interior positiva, como ejercicio espiritual y descubrimiento de su intimidad:

² B. Barber, *Strong Democracy*, Berkeley, University of California Press, 1984, p. 69.

³ M. Tudela-Fournet, *Insilio: formas y significados contemporáneos del exilio*, en «Pensamiento», vol. 76, n. 288, 2020, p. 78.

A partir de ese momento, Josué decidió que la única forma de recobrar su dignidad serían el encierro y la construcción de un mundo propio. No había con quién discutir. Por eso fabricaría una realidad en donde nadie conseguiría penetrar ni conferirle papeles que él no deseara representar. Crearía un mundo propio donde él definiría los roles y dominaría los escenarios.
[...]

Jamás volvió a pronunciar una palabra al respecto. Dejó de asistir a la sinagoga y a todo tipo de reuniones. Era como si lo vivido no le dejara otra salida que el encierro y el silencio. Fabricaría su éxito, su propia dispersión, su tierra prometida. Josué consideraba que lo habían condenado a asumir una diáspora total.⁴

Así, decide crearse una nueva casa, enorme, rodeada de un inmenso jardín, con dos pisos, de los cuales el primero lo destina a las actividades familiares y a las tareas de su esposa, que entre otras cosas se dedicaba a preparar las mortajas fúnebres cuando moría alguna persona conocida; en cambio el segundo piso está todo destinado a sus inmensas y valiosas colecciones, por un lado, y por otro a sus actividades de teatro y de meditación. La novela de Bibliowicz está acompañada por dos plantas arquitectónicas, una de toda la casa, la otra dedicada solo al espacio de Josué, en el que aparecen claramente las salas dedicadas a cada una de sus actividades y a las cuales corresponde un respectivo capítulo: el Teatro de la naturaleza, el Teatro del tiempo, la Oficina, el Hospital de las palabras, el Salón del Dorado, el Teatro de la memoria (que Josué llama con un neologismo creado por él, *Memoratro*) y el Salón del silencio.

En este ámbito especial, exclusivo y personal, Josué mantiene activa su memoria de los horrores vistos y vividos en Siberia y organiza una serie de actividades con la finalidad de poder transmitir la memoria a sus descendientes –en primer lugar a su hijo Samuel y a su sobrina Ester– y en lo posible invertir el mal del que fue testigo y víctima. Uno de esos propósitos se refiere a la naturaleza: habiendo sido obligado en Siberia a destruir bosques enteros, abatiendo cada día «una cuota altísima de árboles»⁵, sin dejar nunca de preguntarse por el dolor que esos árboles sufrían⁶, ahora se propone un acto de redención, dedicándose a cultivar un gran jardín, sembrando plantas y árboles, sin lastimar jamás la naturaleza.

La memoria de la Shoá es transmitida eficazmente por Josué a Samuel y allí las experiencias vividas se completan con informaciones adquiridas a través de las muchas lecturas y de la vastísima cultura de Josué. Así se nos confirma que Hitler tuvo arquitectos y constructores en la Gestapo, a los cuales se debían los sórdidos planos de Birkenau, en los cuales el sufrimiento de los internados estaba previsto y calculado. El tema de la posmemoria y la eficacia de la transmisión paterno-filial de contenidos mnemónicos se manifiesta enseguida en la novela, ya a partir del paratexto⁷. En efecto, uno de los epígrafes es de Eva Hoffman y dice así:

El peligro aún más órfico que mirar hacia atrás, sería verse arrastrado también por el Hades. Y sin embargo, los hijos del Holocausto intentan rescatar a sus padres. Se ven obligados a seguir tratando,

⁴ A. Bibliowicz, *Migas de pan*, Bogotá, Alfaguara, 2013, pp. 30-31.

⁵ *Ivi*, p. 39.

⁶ *Ivi*, p. 38.

⁷ R. Dhondt, *Cómo coleccionar el pasado: posmemoria y coleccionismo de Migas de pan de Azriel Bibliowicz*, in «Confluencia: Revista hispánica de cultura y literatura», University of Northern Colorado, vol. 35, n. 2, Spring 2020, p. 84.

porque ¿cómo puedes dejarlos en un estado de muerte suspendida?, ¿cómo no tratas de sacarlos del infierno?

Y no es casual que el autor haya querido contar toda la historia, sustancialmente, a través de las voces de la posmemoria, de Samuel y de Ester. En efecto, la novela está dividida en diez capítulos y la voz narradora cambia de un capítulo a otro: en el primero tenemos un narrador heterodiegético, omnisciente, y se focaliza en Samuel, que recibe una llamada telefónica de los secuestradores de su padre; en el segundo y en el tercero el narrador cambia y la voz se vuelve autodiegética y corresponde a Samuel; en el cuarto se regresa al narrador heterodiegético, pero ahora se focaliza en Leah, la esposa de Josué; los capítulos quinto, sexto y séptimo tienen de nuevo como narrador autodiegético a Samuel; el octavo y el noveno cambian y la voz autodiegética corresponde a Ester; en el último tenemos una voz narradora especial, homodiegética, que tiene como narrataria a Ester, a la que se dirige con un “tú”. La memoria no puede oscurecerse, el olvido es el peor de los castigos y de una generación a otra la Shoá será recordada y condenada.

Ello constituye ya una forma de rescate; pero Josué logra hacer algo más. Ya antes de ser capturado por una banda que no sabemos si son guerrilleros o delincuentes comunes –y por lo tanto antes de que la difusión de la violencia en Colombia, con tantas muertes inocentes, secuestros y saqueos, se pudiera asociar a la tragedia vivida por el pueblo judío–, en una de sus salas especiales, en su insilio hiperbolizado y fecundado, él crea el *Almanaque de las rupturas*, con el cual quiere conmemorar los tantos exterminios que la historia trata de volver invisibles. Con este almanaque él busca además generar una concepción cíclica del tiempo, por lo cual cada año está compuesto de doce meses de veintiocho o veintinueve días, yendo de luna nueva a luna nueva, y cada tercer año se debe celebrar un mes bisiesto, renombrado en base a las matanzas y mutilaciones de la historia reciente. Los meses son nombrados así:

- el primer mes del año conmemoraría la *Shoá*;
- el segundo recordaría a los *kulacs* (o agricultores de la Rusia zarista), víctimas de Lenin y asimismo las masacres realizadas en nombre del socialismo, o sea los gulags y campos de concentración de Stalin;
- el tercero estaría reservado a la masacre de los *armenios*, en la que Hitler se inspiró, y cuyo olvido favoreció nuevas matanzas;
- el cuarto sería en honor de los *indígenas americanos*, aniquilados y despreciados;
- el quinto a los *Killing Fields* de Camboya;
- el sexto a la masacre del pueblo *romani* o gitanos;
- el séptimo a los *esclavos africanos* y su comercio en el Atlántico;
- el octavo a los muertos de la *Violencia* en Colombia;
- el noveno a la masacre de los *hereros* (etnia bantú del sur de África), que entre septiembre de 1904 y febrero de 1908 fueron atacados por las tropas portuguesas, matando un gran número de ellos y tomando posesión del 90% de su ganado, validando de este modo – dice Josué – la política racista que precedió a la Segunda Guerra Mundial;
- el décimo al genocidio realizado por el ejército imperial japonés entre los *chinos* de Nanking;
- el undécimo al exterminio francés en *Argelia* y el bombardeo a *Dresden* por parte de los aliados, de los que no se habla;

- el duodécimo y último mes del año a las víctimas de la bomba atómica en *Hiroshima* y *Nagasaki*.

Samuel recuerda además que en el año anterior su padre había conmemorado el mes bisiesto honrando a las víctimas de la *revolución cultural china* y que el siguiente bisiesto lo quería dedicar a los palestinos, por las masacres en los campos de refugiados de *Sabra* y *Chatila*⁸.

La grandeza de ánimo de Josué emerge claramente en este personal *Almanaque de las rupturas*, donde no se limita a renovar la memoria de la Shoá, sino que quiere abrazar a todas víctimas de la violencia organizada en el mundo entero y sobre todo en la historia más reciente, donde la política general, más allá de las ideologías, es la de borrar y favorecer el olvido.

En esta estrategia Josué cuenta con el poder de atracción y de convicción de la palabra, sobre todo si se trata de una palabra poética; pero también con el valor del silencio, con el influjo sugeridor de los objetos: de ahí el valor de su preciosa colección. En esos objetos él reconocía una memoria implícita, la existencia de un relato escondido y la posibilidad de revelarlo, lo cual daba a su gabinete una fuerza catalizadora. Observa Samuel que a Josué lo enorgullecía «ser capaz de distinguir y conocer el valor oculto de algún objeto. Relacionar lo que hasta el momento no se había conectado»⁹. Y recuerda las enseñanzas de su padre y sus palabras: «Aprender a mirar es el comienzo de todo, descubrir la poesía latente en las cosas, por simples que parezcan»¹⁰.

Lo que Josué llama el *Teatro del tiempo* está asimismo ligado a un particular concepto del tiempo, que lo lleva a desechar «el reloj de la vida cotidiana», es decir la esclavitud de pensar en el progreso, de no vivir el presente por planear el futuro. Para él «vivir pegado al reloj es el comienzo de todos los males» y la felicidad se conquista viviendo el instante¹¹. Por lo mismo uno de los tormentos de Samuel, que ha sido un buen alumno de su padre, es tener que estar esclavizado por el tiempo que pasa, esperando minuto tras minuto la llamada del Turpial para tener noticias de su padre secuestrado:

El secuestro me ha esclavizado y me exige mirar y pensar en la hora, medir el paso del tiempo como nunca lo hice antes, y palpar la muerte en cada segundo. Por vivir pendiente del tiempo, siento que este termina por encerrarme.¹²

Por otra parte, la idea general de que en el progreso del tiempo predominan el presente y el futuro, según Josué era errónea. Él asegura que la dimensión que nos determina es el pasado. Y recordando sus enseñanzas, dice Samuel que él subrayaba que «el tiempo es un fenómeno extraño porque lo imaginamos como una flecha que va hacia adelante, pero quizás la imagen que se ajusta a la realidad es la de un bumerán»¹³. Por eso es importante recordar, volver al pasado que nos hizo sufrir y tener la lucidez de analizar todos sus detalles. Eso puede cambiar nuestra visión del pasado y abrir una nueva vía. Decía Josué:

⁸ A. Bibliowicz, *Op. cit.*, pp. 142-144.

⁹ *Ivi*, p. 74.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ivi*, p. 136.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ivi*, p. 137.

La noción de que el tiempo todo lo cura no sólo es falsa, sino también escapista. La idea de que el tiempo es neutral les conviene a aquellos que buscan olvidar y borrar sus crímenes. La mirada de un pasado irreversible, que no se debe replantear, es la perspectiva del triunfador. Repensar el tiempo termina por ser uno de los propósitos centrales de este salón. Estoy seguro de que el futuro está a nuestras espaldas y el pasado frente a nosotros.¹⁴

Samuel recibe de su padre una herencia de dolor y de sabiduría; y todo ello deriva del Holocausto vivido por sus padres; aun sin quererlo, las cicatrices vitales de sus padres y el horror que habían soportado eran también suyos: «En casa de mis padres la sombra de la guerra y los campos de concentración fueron una penumbra que cubrió toda nuestra existencia»¹⁵. Afirma Samuel: «yo era hijo del Holocausto, aun cuando no lo hubiese padecido»¹⁶. Su elección de alejarse de Bogotá y de ir a vivir a Nueva York es una forma de poner distancia entre la memoria dolorosa de sus padres y su propia memoria; es una forma de auto-exilio que tiene una función terapéutica. Pero el secuestro del padre lo hace regresar y enfrentar de nuevo el viejo dolor multiplicado. Muchas veces en sus reflexiones Samuel se pregunta si su padre estará sufriendo otra vez las torturas que le habían infligido en Siberia. Y la perversión malvada de la que el hombre es capaz vuelve a surgir en la nueva situación. Las frases del Turpial, uno de los secuestradores con quien mantiene los contactos telefónicos, le dan vueltas en la cabeza; las piensa y vuelve a pensar y llega a sentir que el mundo en el que vive está «cada día más enfermo»¹⁷ y que tanto su vida como la vida de su padre «están marcadas por historias que se repiten de manera implacable»¹⁸.

En este contexto, el *Hospital de las palabras*, una de las salas de Josué a la que está dedicado el capítulo séptimo, es fundamental. Allí, como explica Josué a su hijo, se curan y rescatan las palabras lastimadas por las mentiras, los odios y la violencia; se estudian los orígenes y las historias de las palabras implicadas en los contextos que se examinan porque eso permite delucidar los significados profundos y correspondencias recónditas, para nada evidentes¹⁹. Así Samuel, y seguramente también Ester, aprenden a valorar las rimas, como «rompecabezas sinfónico del idioma»²⁰, y también el humor.

Es bien sabido que el pueblo judío ha cultivado un refinado sentido del humorismo, con el cual han ironizado y desdramatizado los aspectos más tremendos de su historia. Se sabe incluso que en los campos de concentración no faltaba el sentido del humor –que ha sido incluso estudiado sucesivamente²¹– y de ello se deja testimonio también en la novela de Bibliowicz. El personaje de Samuel recuerda con nostalgia el humorismo de su padre y lamenta no poseer la misma fuerza de ánimo. Recuerda lo que él le contaba que hacían en Siberia, donde había sido prisionero:

Los dictadores y victimarios siempre son trascendentales. Pocas cosas les generan más miedo que el humor. Los alemanes y los rusos le tenían pánico al humor judío porque sabían que era nuestro sal-

¹⁴ *Ivi*, p. 138.

¹⁵ *Ivi*, p. 48.

¹⁶ *Ivi*, p. 49.

¹⁷ *Ivi*, p. 119.

¹⁸ *Ivi*, p. 166.

¹⁹ *Ivi*, pp. 171-172.

²⁰ *Ivi*, p. 175.

²¹ Véase entre otros, L. Droznes, *Humor Judío en el Holocausto: El humor como estrategia de supervivencia*, South Carolina (US), Create Space, 2018.

vavidas. Decían que aun aquellos que no le temían a nada, se asustaban con la risa de los prisioneros. En el campo lo que más nos faltaba era el pan. Si te portabas “mal” te lo reducían a trescientos gramos diarios, cuando la ración normal era de seiscientos. Y aun así, en medio de las limitaciones, con pedazos de pan de centeno hacíamos figuras como si fueran plastilina. Fabricábamos muñecos para burlarnos de los guardias. Exagerábamos sus facciones y los volvíamos intrascendentes, y así dejaban de ser tan temibles. Luego los devorábamos. Mascar el figurín de pan era un desagravio. En los campos hablábamos de “Hitlercito” o “del papito Stalincito”. Con el simple uso del diminutivo, dejaban de parecer tan aterradores y se transformaban en seres insignificantes y ridículos. En últimas, eran mamarrachos. Además, el tamaño de sus bigotes venía a ser lo único que los diferenciaba, ya que sus ademanes los hermanaban. Jugar y reír ayudaba a sobrellevar situaciones intolerables. El humor acabó por ser nuestra forma de rezar en el campo.²²

Con el estudio de las palabras y de sus significados profundos, no sólo Samuel y Ester llegan a penetrar en el sentido de esa sala especial de Josué, el *Hospital de las palabras*, sino que reconocen una conexión entre los mecanismos mentales de la perversidad tanto en los agentes del Holocausto como en las bandas de secuestradores colombianos. Y el mismo Samuel cree haber oído decir a su padre algo revelador, que no se sabe si lo dijo realmente Josué o fue una reflexión derivada del propio Samuel:

Este es un país anestesiado y no tiene la menor idea de lo que le sucede al lenguaje con la violencia. Cuando se piensa que toda voz encierra un mundo, los ultrajes son aún peores. Estamos hechos de palabras. Las palabras son entes vivos, e igual que los hombres y mujeres, les toma años desarrollarse y madurar. Cuando conocemos la historia de un vocablo, le devolvemos su dimensión y lo revitalizamos. No es lo mismo hablar de un término cuando se desconoce su historia y lo que conlleva, porque se reducen sus significados. Con los vocablos pasa lo mismo que con las personas, que al tratarlas y conocerlas, se humanizan. Adquieren magnitudes insospechadas y emerge de ellas una complejidad sorprendente.²³

A medida que el lector progresa en la novela, queda claro que Samuel y Ester garantizan la posmemoria y que el drama vivido por los padres de ambos está sembrado en sus corazones y se proyecta en el futuro. El drama vivido por Leah, esposa de Josué y madre de Samuel, no es menos dramático, siendo ella una sobreviviente de Auschwitz. Pero su perspectiva es muy distinta y aunque se le dedica un solo capítulo, el cuarto, queda claro cómo su posición se contrapone a la de Josué, cómo ella rechaza la creación del “gabinete” con los varios salones destinados a las actividades espirituales e intelectuales de Josué y cómo su exilio se vuelve un insilio negativo, insoportable, que desea modificar lo antes posible. En su experiencia bogotana, Leah siente sólo una tremenda soledad y un difícil aislamiento. Dice:

En este país todo me es ajeno. No alcanzo a entender por qué están en guerra. Una guerra entre hermanos. Josué dice que es una lucha por tierras. ¿Acaso los ricos no pueden ceder un poco de sus tierras para su propia tranquilidad? Todo resulta absurdo. ¿Josué una de las víctimas de este conflicto? ¿Acaso tenemos tierras? ¿Serán esta casa y su inmenso jardín la causa de todo?²⁴

²² A. Bibliowicz, *Op. cit.*, pp. 176-177.

²³ *Ivi*, pp. 183-184.

²⁴ *Ivi*, p. 76.

Profundamente religiosa, a Leah le queda la esperanza de un futuro mejor, que no deja de asociar –¿y por qué no?– a la llegada del esperado Mesías. Pero no puede hablar, no puede desahogarse ni siquiera con su hijo. Para ella las palabras no tienen el valor que les reconoce Josué; las encuentra insuficientes, se le quedan cortas. Las atrocidades vividas son indecibles:

Estaba segura de que cuando describía su experiencia, lo que resistió, terminaba por empobrecerla.²⁵

Si para Josué era una obligación recordar, ella sólo quería olvidar, aun cuando este olvido no le resultara posible. A la terrible experiencia de Auschwitz se agregará otra, inesperada y brutal, apenas dos años después de haber llegado a Bogotá: el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, que desató enormes protestas populares, no sólo en Bogotá sino en toda Colombia, dando lugar al fenómeno conocido como el *Bogotazo* y exasperando un período sangriento conocido como *La Violencia*, que duraría hasta finales de los años 50. Leah dice «Jamás olvidaré ese día»²⁶. Y toda esa memoria negativa no hace más que reforzar su proyecto de dejar Colombia y transferirse a los Estados Unidos, donde por otra parte ya vive su hijo Samuel. Ella espera poder recuperar a Josué, poder encontrar un acuerdo con los secuestradores y lograr reunir el dinero que piden. Pero para lograrlo no duda en proponer la venta de la casa y de las colecciones de Josué, lo cual significa destruir lo que es más valioso para él.

En este panorama familiar el lector comprende que el legado espiritual de Josué no puede estar sino en Samuel y en Ester. No es casual que el autor haya querido dejar los últimos tres capítulos centrados en la figura de Ester: suya es la voz narradora autodiegética de los capítulos octavo y noveno y ella es la narrataria a quien se dirige el narrador del décimo y último capítulo. Ester es quien entra en el *Salón del Dorado*, donde Josué había instalado piezas de orfebrería disponiéndolas como si fueran titeres que estuvieran por actuar. Se trata de piezas precolombinas, pertenecientes a distintas culturas que existieron en Colombia antes de la Conquista, la chibcha, la muisca y otras, con formas de distintos animales antropomorfizados. Ester siente la fascinación que le comunican estas piezas y le parece oír cómo dialogan entre ellas, el Hombre-Pájaro con el Hombre-Murciélago y con el Hombre-Jaguar. Y a través de este diálogo, imaginado o evocado, en el que se entrelazan personajes e historias bíblicas con mitos precolombinos, surge otra asociación –que Josué ya había denunciado en su *Almanaque de las rupturas*– entre el genocidio judío y el genocidio de los indígenas americanos. La asociación entre estos dos genocidios ha dado lugar a varios estudios e incluso a una denominación particular: el Holocausto Americano²⁷.

Ester no se limita a percibir esta afinidad y esta sintonía con Josué. Quiere penetrar aún más en su pensamiento y en su cosmovisión. Entonces, así como había entrado sola en el *Salón del Dorado* y había podido oír las conversaciones entre los objetos, propone a Samuel que vayan juntos al *Teatro de la memoria*, o *Memoratro*. Allí ella saca de un estante que se encuentra encima del escritorio de Josué un grueso cuaderno donde en la carátula había escrito en caracteres hebraicos *Yizkor Buch*, o *Libro Recordatorio*. Se trata de la reconstrucción de las historias de tantos amigos de Josué que terminaron muertos en

²⁵ *Ivi*, p. 97.

²⁶ *Ivi*, p. 105.

²⁷ D. E. Stannard, *American Holocaust: The Conquest of the New World*, Oxford University Press, 1994.

campos de concentración o desaparecidos y de los cuales él quiere un retrato vivo. Es la recuperación del pasado, el pasado que regresa como un bumerán. Y también aquí surge espontáneamente la asociación entre el Holocausto y el genocidio provocado por la violencia colombiana. Dice Josué:

Ojalá este libro, que ahora inicio en Bogotá, continúe. Todas las historias se entrelazan y el dolor humano es uno solo. Se debería empezar un listado de los desaparecidos por la violencia en este país. Por lo menos, así se conmemorarían sus nombres y no se mantendrían en el anonimato ni se perderían con el paso de los días.²⁸

Queda por visitar el último salón del extraordinario “gabinete” de Josué y allí se dirigen juntos, Ester y Samuel. Es el *Salón del silencio*. Y aquí, después de haber reflexionado sobre el valor de las palabras y la comunicación, los dos jóvenes enfrentarán otro valor en el que Josué había empezado a iniciarlos, pero que nunca se termina de aprender: el valor del silencio. Es obvio que la quietud y el silencio son fundamentales para la meditación. Pero es precisamente al terminar el largo recorrido por el gabinete, pasando por los distintos salones, que se comienza a entender lo que se ha visto. Y para esto, la interiorización de lo percibido, es fundamental el silencio y la soledad. Los jóvenes quisieran estar en silencio, quisieran que el pensamiento los condujera a una imagen auténtica y actual de Josué, quisieran un anuncio o una intuición de su estado. Pero lo que surge son las palabras con las que él trataba de iniciarlos en este largo camino de la sabiduría:

El silencio debe comprenderse como lo que antecede todo. Invita a que lo entendamos como un propósito y una estrategia [...] Las escrituras nos cuentan que antes de pronunciar las primeras palabras, *Yehi or*, “Hágase la luz”, estaban el silencio, el vacío, el misterio, el caos... la espera... Luego vienen el paraíso, la naturaleza, el orden y el hombre con la palabra, que nombró todo aquello que lo rodeaba, el mar, los peces, los ríos, el aire, el movimiento. En el principio estaba el silencio. El silencio antecede la acción.²⁹

Sin embargo el recorrido que deben hacer los dos jóvenes es todavía largo. ¿Qué será de Josué? ¿Será verdad que está bien, incluso que está “contento”, como dicen los secuestradores? ¿Lo tratarán bien? ¿Le darán de comer? ¿No lo harán sufrir, no lo torturarán? No pueden saberlo y la llamada tan esperada no llega. Entonces una imagen de Josué empieza a dominarlos: él que recogía las migas de pan cuando comían, nunca las dejaba caer, y las acomodaba con cuidado a un lado del plato. Las migas de pan tienen un valor especial: en el campo de trabajo, donde sufrían el hambre, y lo que les daban de comer era siempre poco, cada migaja era un tesoro. El pasado regresa y abre una visión del futuro. ¿Será que Josué tendrá cómo recoger sus migas de pan?

El silencio ilumina a Ester. Y de pronto las últimas palabras que supo que había dicho el Turpial, el hecho de que Josué no protestara, le revelan que muy probablemente Josué se ha dejado morir. Y su muerte ha liberado la familia de las imposiciones absurdas que les querían infligir los secuestradores.

El final de la novela es doloroso. Pero al mismo tiempo nos revela cómo el largo recorrido espiritual que ha hecho Josué –este protagonista extraordinario que sólo conocemos

²⁸ A. Bibliowicz, *op. cit.*, pp. 231-232.

²⁹ *Ivi*, p. 247.

a través de los recuerdos de los otros– ha dejado sus frutos y esto no se perderá jamás. Samuel y Ester han asimilado, han absorbido los valores de la memoria, del silencio y de la poesía; los han acogido en sus corazones. Como preciosas e ínfimas migas de pan, los han reunido y han construido con ellos un ámbito sagrado en el cual la vida misma se ha erguido luminosa. El pasado no ha quedado atrás. El terrible pasado vivido por los padres ha regresado con un golpe de bumerán y la posmemoria lo ha instalado en el presente marcando el futuro: mientras ellos existan la memoria vivirá y servirá para frenar el mal, para que no se repita lo que no debió ocurrir pero perversamente ocurrió. Josué no está pero se ha dejado sentir todo el tiempo: también el lector lo ha podido sentir constantemente. Y sus enseñanzas quedan con nosotros.

Quién sabe, podrá preguntarse el lector, si todo el sufrimiento que les tocó a los judíos del Holocausto no podrá de alguna manera, entre otras tantas cosas, frenar la maldad absurda –absurda y banal por cierto– de los secuestros en Colombia.

Bibliografía

- Aristóteles, *Problemas*, Madrid, Gredos, 2004.
- Barber Benjamin, *Strong Democracy*, Berkeley, University of California Press, 1984.
- Bibliowicz Azriel, *Migas de pan*, Bogotá, Alfaguara, 2013.
- Dhondt Reindert, *Cómo coleccionar el pasado: posmemoria y coleccionismo de Migas de pan de Azriel Bibliowicz*, in «Confluencia: Revista hispánica de cultura y literatura», University of Northern Colorado, vol. 35, n. 2, Spring 2020.
- Droznes Lázaro, *Humor Judío en el Holocausto: El humor como estrategia de supervivencia*, South Carolina (US), Create Space, 2018.
- Stannard D.E., *American Holocaust: The Conquest of the New World*, Oxford University Press, 1994.
- Tudela-Fournet Miguel, *Insilio: formas y significados contemporáneos del exilio*, en «Pensamiento», vol. 76, n. 288, 2020.